

nuestros criados nos dispusieron la cena, á la qual convidamos al Hermitaño, nos sentamos á aquella misma mesilla que visteis ayer, y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos conduxo al quarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran entonces un poco mas rústicos, que los que ahora estais viendo. Dormimos en dicho quarto, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la cábena. La mañana siguiente, picándonos la curiosidad de saber quien era aquel venerable anciano, que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo ó de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario, y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano, y habiendo encontrado al buen viejo, que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable Anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

## CAPITULO IX.

*Historia del Nieto de Motezuma, último Emperador de México.*

**Y**o soy nieto del famoso Motezuma, último Em-

Emperador de México, y ahora es la primera vez, que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion, que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y mas quando mi edad, mi estado presente, y y el género de vida que he abrazado, pueden ser el mas seguro fiador contra los políticos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer Monarca de estos países. Quando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la Corona, quitándosela de las sienes á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mugeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mí la mia. Buscaban con las mas vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los mas densos y mas solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hizonos prisioneros un Capitan en los confines del Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos conduxo á México. Quiso mi buena fortuna, que en la esclavitud no me separaron de mi padre, y que el Amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con el mismo atendió á que se me diese la mejor educacion, instruyéndome en los dogmas de nuestra Santa Religion. Murió mi padre entre mis brazos, quando yo tenia ya



quince años, y antes de espirar me declaró qual era nuestra familia; pero al mismo tiempo exortándome, y aun conjurándome con todas las veras de su paternal corazon, sobre que jamás, ni de ninguna manera me diese por entendido, antes bien disimulase, y me conformase con mi destino, acomodándome en todo á él, lo que he observado asi religiosamente todo el tiempo de mi vida. Nunca di lugar en mi pecho á la ambicion, á lo que cooperó no poco la buena doctrina que mi Amo me enseñó, acompañada en todo con su exemplo: gracias á Dios, y á Hernan Cortés, que me destinó al servicio de tan christiano y tan timorato patron. Este buen hombre habia adquirido grandísimas riquezas; pero temiendo quizá, que los medios no hubiesen sido los mas legítimos, segun el moral que se usaba en aquellos peligrosos tiempos, tomó la heroyca resolucion de abandonarlas todas, y retirarse del mundo; escogió este sitio para su retiro, y fabricó los quartos ó camarotes que hay en él, adornándolos con mucha sencillez, pero al mismo tiempo con igual decencia y aseo. Trajo consigo varios libros ascéticos, ó espirituales, dexando orden en México á un buen Clérigo, su amigo y corresponsal, que repartiese entre los pobres, particularmente entre los Indios esclavos, todas las rentas anuales que le producian sus grandes haciendas y posesiones, reservando solamente lo preciso para comprar las legumbres, carnes saladas, y otras provisio-

nes semejantes, que cada año le habia de enviar para su propia subsistencia. Preguntó á todos sus criados, si entre ellos habia alguno, á quien le diese ánimo de acompañarle, y solamente encontró este valor en el nieto de Motezuma. Vineme pues con él á esta soledad, y viví en su compañía por espacio de veinte años, y el buen Clérigo de México era puntualísimo en enviarnos cada año todo lo que habiamos menester. La vida frugal que haciamos, el benigno clima de este cielo, y la distancia de todos aquellos objetos, que suelen inquietar á los hombres, parece que habian remozado á mi santo Amo. En medio de esto lá lima sorda de la muerte llegó en fin á sacarle de este mundo, quedando yo único poseedor y dueño de la gruta. Di sepultura á su cuerpo á los pies de aquella santa Imagen, ante la qual ardía aquella lamparilla, cuya luz os conduxo á este parage; y hecho esto, resolví no salir de esta soledad hasta que el Señor me retirase de entre los vivos.

Mientras tanto la pia y generosa resolucion de Don Fernando (este era el nombre del ilustre Anacoreta) se habia esparcido por todo el Imperio Mexicano, y concurrían muchas personas á visitarle, ya fuesen movidas de cierta piadosa devocion, ó ya de un espíritu de vaná curiosidad, de modo que en aquel tiempo era muy frequentada esta gruta de los peregrinos, que venian á ella como pudieran ir á un milagroso Santuario. Aun no se habia extendido la noticia de



su muerte, quando una mañana se dexaron ver en ella dos personas de diferente sexó, ambas muy jóvenes, las quales preguntaron por el hermano Fernando. El hermano Fernando (les respondí) ha ya algunos dias que entregó el alma á su Criador, y espero estará gozando en el cielo el fruto de sus santas obras. No bien oyeron esto los dos jóvenes, quando penetrados de un vivísimo dolor, prorumpieron en un amargo y deshecho llanto, de manera que las lágrimas y los suspiros ahogaban en la boca las palabras. ¿Qué parte teneis vosotros (les pregunté) en la muerte del hermano Fernando, para honrar su memoria con tan extraño dolor? Muchísima, me respondió el que parecia de menor edad, porque éramos sus nietos, como hijos de una hija única suya que vino á México con el deseo de volverle á ver, y hallando que ya no estaba en aquella ciudad, y que no se sabia donde había ido á parar, murió en ella de puro dolor. Quedamos huérfanos los dos, y noticiosos al cabo de que se había retirado á este sitio, inmediatamente nos pusimos en camino, con el fin del participarle la pérdida de nuestra madre, y de consolarlos con el hallazgo de nuestro abuelo, esperando que éste nos enderezaria por el camino derecho de la virtud. Y ahora vemos desvanecidas nuestras esperanzas, frustrados nuestros deseos, y malogrados nuestros trabajos, pues ya no le hallamos vivo.

Conmoviéronme mucho unas palabras tan do-

lorosas, acompañadas de tan tiernas demostraciones; y reconociendo que la flaqueza y el cansancio tenían igualmente rendidos á los dos pobres peregrinos, los exorté á que se retirasen á descansar, tomando primero algun alimento para reparar las fuerzas, y recobrar los espíritus. Entráronse en la gruta, y yo los introduxe en la misma estancia donde ustedes han descansado. Admiráronse mucho, quando se vieron en un quarto pobre, pero decentemente acomodado, donde se habían imaginado no encontrar otra cosa, que muebles de penitencia y de horror. Estuvieron conmigo muchos dias, sin que en todos ellos se disminuyese un punto su tristeza. Observaba yo, que de quando en quando prorumpian en un deshecho y amarguísimo llanto, y no me acordaba de haber visto jamás en una edad tan verde y tan voluble, un dolor tan maduro y tan constante. Me esforzaba á confortarlos, pero todo era tiempo perdido. El hermano, que segun él me dixo, tenía el mismo nombre que su abuelo, era el que se mostraba mas affligido que la hermana, y tanto, que creciendo cada dia mas y mas su melancolia, se convirtió en una enfermedad irremediable, que le reduxo á los extremos; y conociendo él mismo, que se acercaba su muerte, poco antes de espirar me habló en esta substancia: Padre mio, porque asi os debo llamar, puesto que os considero como el hijo predilecto de mi querido abuelo; Padre mio, yo estoy ya para exá-



lar el último aliento, os recomiendo la única persona que amo en este mundo; os suplico, que esa hermanita mía, esa pobrecita huérfana, destituida de toda humana protección, sea el objeto de vuestra caridad, el empleo de vuestro cuidado, y viva siempre á vista de vuestro exemplo, y al abrigo de vuestra virtud. Vuelto despues á la hermana, y tú, hermanita mía, (la dixo) obedece con todo rendimiento á este santo hombre, siendo su exemplo y sus consejos la segura guia que te conducirá al término de la vida, sin que ninguna culpa grave haya manchado el candor de tu inocente alma. No pudo proseguir mas adelante: comenzóse á turbar la luz de sus ojos, apretóme la mano, hizo lo mismo con la de su inconsolable hermanita, y espiró plácidamente.

Ya ustedes se figurarán quales serian los dolorosos extremos de la traspasada doncellita sumergida enteramente en un interminable llanto, y combatida al mismo tiempo de los diversos funestísimos afectos de su presente constitucion. Hice quanto pude de mi parte para consolarla; pero considerando, que solo el tiempo era capaz de curar aquella profunda llaga, procuré dar sepultura al joven Fernando para retirar de sus ojos el objeto que le traspasaba el corazón. Le enterré pues junto al sitio donde estaba sepultado su abuelo, y desde entonces comencé á encender todas las noches aquella luz que vieron ustedes. La muchachuela, que á la sazón  
po-

podria tener trece años, cuidaba todos los dias de adornar con flores de mi huertecillo la sagrada Imagen, ante la qual ardia aquella pequeña lámpara; y diariamente empleaba algunas horas en hacer oracion sobre la sepultura de su hermanito. Lo restante del dia se ocupaba en la lectura de libros espirituales, en algunas labores mugeriles, en regar y cultivar las flores de nuestro jardinito, de modo que viviamos los dos con una paz envidiable, y por muchos meses miraba yo á la niña con la mayor indiferencia. ¡Pero qué peligrosa es la ocasion! Yo contaba solos treinta años, edad demasadamente sujeta á los estímulos de la carne, y á las flaquezas de la humanidad; Dionisia (que así se llamaba la doncellita) era de bellissimo parecer, sin que disminuyese su hermosura la negligencia en el vestirse, ni el ningun cuidado que ponía en ayudarla; antes bien la modestia, inseparable compañera de todas sus acciones, añadía muchos grados á su mérito, y su dulce y delicadísima voz daba extraordinaria gracia á sus discursos. Tenia yo continuamente á la vista todos estos atractivos, y comenzaba ya á mirarla con cierta inclinacion muy diferente de la que produce una inocente y aun virtuosa complacencia. No me contentaba con que me mostrase en todo una condescendencia de hija; deseaba que ésta se convirtiese en las ternuras de esposa. ¿Qué mal hay (me decia yo á mí mismo) en que un hermitaño sea tambien marido? Yo no he li-  
ga-



gado mi libertad con ningun género de voto: tan libre estoy, y tan dueño soy de mí mismo en esta soledad, como lo era en México; Dionisia es la legítima heredera de todo quanto tenia su abuelo Don Fernando, yo no puedo con buena conciencia pretender sustituirla, si los derechos de un matrimonio no me hacen legítima la posesion: el corresponsal del buen viejo ya difunto, quizá se negará á enviarme las acostumbradas anuales provisiones, quando tenga noticia de su muerte, si no sabe que está conmigo la única y legítima heredera que le representa. Por otra parte, mantener un hermitaño en su compañía y en esta soledad una doncella de estas circunstancias, escandalizará al mundo, quando se sepa, y cada uno dirá lo que se le antojáre, aunque nunca sea verdad; pero si al mismo tiempo se sabe, que es mi legítima muger, cesarán todas las murmuraciones, y ninguno tendrá que decir, si no que sean los ociosos y los bufones de profesion.

Estas reflexiones, tales quales ellas fuesen, me convencieron de manera, que ya me parecia no solo cosa honesta, sino absolutamente necesaria para mí, el abrazar el estado del matrimonio; y desde aquel punto solo esperé á una buena coyuntura, para hacer la proposicion á Dionisia. La única dificultad que se me ofrecia para inducirla á que consintiese en mi pensamiento, era el haber conocido que mostraba en todo una sencillez y un candor superior

á quanto se puede imaginar, tanto que Dionisia aun mas que la paloma podia ser el símbolo de la inocencia. No obstante este tropiezo, que me ponía delante mi consideracion, se me vino á la mano la oportunidad una mañana, que hallándose ella conmigo en este mismo sitio en que estamos, me hizo el siguiente discurso: Padre mio, ya sabe Vmd. que frecüentemente inquietan mi sueño ciertas imágenes, que me llenan de horror, y me perturban mucho. Se me representan en la medio despierta y medio dormida fantasía obgetos espantosos, sombras y fantasmas, que me hacen temblar de miedo. Veo en sueños la figura de mi hermano, y quando despierto, toda me estremezco. La noche pasada me pareció que le estaba viendo con un vestido mas blanco que los jazmines, y aun la misma nieve: tenia en la mano una hacha encendida, la que me aplicó al lado izquierdo, y sentí como que se me abrazaba el corazon: desperté toda sobresaltada, y considerando la extravagancia del sueño, no me fue posible volverme á dormir. ¡Ah, Señor! si su ciencia, si lo mucho que usted ha estudiado, si la gran contemplacion á que se ha dedicado en este retiro, le han sugerido alguna luz para interpretar una vision tan extraordinaria, hágalo por caridad, y líbreme de una inquietud, que verdaderamente tiene agitado mi corazon. Este discurso de Dionisia no podia serme mas grato, ni venir mas á propósito para



mi intento. Hija (la respondí, revistiendome de una cierta gravedad) pensaré maduramente las circunstancias de tu sueño, y esta noche espero consolarte con mi respuesta. Facilmente creerán ustedes, que no fui á consultar libro alguno para explicar el sueño á la inocente nieta de mi amo, y que nada me costó el interpretarlo á favor de lo que yo deseaba. Dionisia, la dixé, espero dexarte consolada: los espectros, sombras y fantasmas, que has visto entre sueños en las noches antecedentes, te dan evidentemente á entender, que no te conviene mantenerte sola en el estado en que te hallas; porque si consideramos estos fenómenos, segun el orden de la naturaleza, se comprende, que el hervor orgulloso de la sangre no es compatible con el estado de la virginidad; y si les queremos dar un sentido figurado y misterioso, los debemos mirar como avisos que te dan, de que admitas en tu lecho una legítima compañía, la qual te asegure contra los espantos de las visiones nocturnas. Es grande confirmacion de todo lo que te digo, el haber visto á tu hermano con un vestido tan blanco, y una antorcha encendida en la mano, aplicándotela al lado izquierdo, abriendo y abrasando tu corazón; porque el vestido blanco es símbolo muy propio del puro y legítimo matrimonio; la llama, que te abrasaba el corazón, lo es muy claro del casto y conyugal amor á un esposo, que debes conservar encendido mientras te du-

rare la vida. Un hermano tuyo es el que te anuncia este destino. Pues ¿qué mayor fortuna puedes esperar, que la que te intima una persona que tanto te ama, y que siendo, como piadosamente debemos creer, del número de los predestinados, no te puede engañar? Pronuncié estas últimas palabras en tono de oráculo, y como de un hombre inspirado: tanto como esto me habian trastornado mis pasiones la verdadera idea de la sólida virtud, aplicándome mientras tanto á observar todos los movimientos de la inocente doncellita. Víla como enteramente sobrecogida de un extraordinario asombro, ya ponerse pálida, ya cubrirse de un encendido rubor su amabilísimo semblante: dudé por algun tiempo, si aquellas eran señales poco favorables á lo que yo deseaba, pero presto me desengañé, conociendo que eran efectos del sobresalto y la perturbacion, ocasionados de su imponderable sencillez y simplicidad. Los términos de *Amor*, *Esposo* y *Matrimonio*, eran para aquella bendita criatura un language del todo desconocido; porque ignoraba qué significaban aquellas palabras, ni cómo se habia de poner en execucion el consejo que su hermano la habia dado, segun mi exposicion. Pero al mismo tiempo el gran concepto que habia hecho de mi persona, la hacía creer que yo no era capaz de engañarla, y en virtud de esto luego que volvió un poco sobre sí, me preguntó, cómo ó de qué manera habia de executar



lo que su hermano la habia aconsejado , en qué consistia el matrimonio , qué cosa era amor , y quién habia de ser su esposo? Me fue preciso responder á todas estas preguntas , y la expliqué lo que era el matrimonio , tanto en la forma , como en la materia ; describíla el amor como una pasion dulcísima y tiernísima , cuya madre es la misma naturaleza , y que entonces se perfecciona , quando es acompañado de una legítima correspondencia ; pero quando llegué á la última pregunta , me hallé un poco embarazado , y me fue forzoso valerme de grandes rodeos y circunloquios de palabras , para darla á entender , que el esposo que el cielo la habia destinado no podia ser otro que yo. Díxela en este asunto , que la soledad en que nos hallábamos los dos , no dexaba lugar á la menor duda en punto á la eleccion de esposo ; que si estuviera destinada para otro que para mí , no la hubiera traído la Providencia á un lugar , donde sus ojos no tenían otro objeto que mirar , ni su eleccion otro sugeto en quien escoger ; y en fin , que los varios sucesos y accidentes que la habian privado de todos y de todo , fuera de mi compañía , eran los medios ó las causas segundas de que se habia valido el cielo para llevar al fin un matrimonio que estaba escrito con caractéres indelebles sobre las mismas estrellas. Todo este farrago de frívolas razones hicieron consentir á la sencillísima muchacha en que me daría la mano ; pero aunque fui poco escrupuloso en la eleccion

cion de los artificios de que me valí para vencer el ánimo de Dionisia , lo fui muchísimo en punto á las substanciales ceremonias de nuestro esponsal , porque no quise que faltase á su legitimidad ni la mas mínima circunstancia. Con este fin la llevé conmigo á México , donde públicamente nos desposamos con toda solemnidad. Dionisia tenia en su poder los documentos mas auténticos , para hacerse reconocer por hija legítima del difunto Don Fernando , y como tal única heredera suya despues de la muerte de su hermano ; y el Sacerdote que administraba la herencia , no tuvo el menor reparo en suministrar nos las acostumbradas provisiones , prometiendo aumentarlas , quando mi muger me diese sucesion.

Y vean ustedes aqui dos esposos Hermitaños , que pudiendo vivir mucho mas comodamente en la ciudad , quisieron mas volverse á su desierto. No se puede explicar quan felices fueron los dos primeros años de nuestro matrimonio. Parecia que el cielo nos habia llenado de bendiciones , y yo me lisongeaba de que esta felicidad duraria mientras nos durase lo vida. Mas ¡ó inconstancia de las cosas humanas ! Veía yo hacer graciosos pucheritos en la cuna á un hijito mio , que mi esposa habia dado á luz lo mas felizmente del mundo , aunque sin asistencia de comadre , ni de ama , que á lo menos la ayudase á criarle. Ella sola le criaba con la leche de sus pechos , esperando que con el tiempo tam-



tambien ella misma le daria una santa educacion. Nos ayudábamos los dos recíprocamente, cada uno á proporcion de sus fuerzas, y cumplia cada qual con sus respectivos oficios, aliviandonos con el peso de nuestra corta familia. Habia aprendido ya Dionisia, qué cosa era amor, y conocia por su propia experiencia, que verdaderamente era una cosa tan dulce como yo se la habia pintado. Finalmente, ninguna cosa turbaba nuestra paz ni nuestro contento, quando un diluvio de desastres nos vino á precipitar en un abismo de dolores. Habiasse esparcido por todo México la noticia de nuestro matrimonio, de manera que no se hablaba de otra cosa en los corrillos de las plazas, y era el asunto mas comun de todas las conversaciones. Celebrábase la hermosura de mi esposa, como la de una segunda Elena, y algunos mozos disolutos, movidos de su brutal concupiscencia, se compadecian de ella, y lloraban su desgracia, ni mas ni menos como llora el Crocodilo la muerte del infeliz que tiene entre sus dientes para despedazarle. Decian que nuestra soledad era una sepultura de vivos, y que no se debía sufrir que una hermosura, que ella sola bastaba para ser el honor y las delicias de México, estuviese enterrada en el horrído boquerón de una caberna. El Sacerdote mi corresponsal me dió aviso de estos discursos que se hacian en la capital de aquel Imperio, y este fue el primer disgusto que tuve en mi nuevo estado ma-

trimonial. No se puede negar, que es defecto, ó quando menos una gran flaqueza del amor sentir disgusto de que el objeto amado sea mirado por otros con inclinacion, ó con parcialidad. Querriase que á ninguno agradase, antes bien que fuese aborrecida de todos aquella persona que uno ama; pero con todo eso hice poco caso de lo que el Sacerdote me escribia, no creyendo pudiese llegar á tanto el furor de los que envidiaban mi fortuna, que pensasen en privarme de ella. Suponia que mi yermo sería el mas seguro asilo de la inocencia, y que sería mas respetado, que lo fue la Corte de Menelao del atrevido Troyano que le arrebató la esposa. Pero una noche, quando estaba todo en la mayor quietud y silencio, y me hallaba en el lecho con mi querida Dionisia y nuestro adorado hijito, sentí no sé qué ruido dentro de la caberna. Me levanté de la cama apresurado, me arrimé á la puerta, y apliqué el oído, para escuchar mejor lo que se decía, ó lo que pasaba allá fuera. Mas ¡ó Dios! he aqui que veo echar en tierra la puerta á grandes golpes de un mazo, y entrar de repente una gabilla de asesinos, que me echaron un lazo al cuello con intencion de ahogarme, mientras otros intrepidamente se metieron en el quarto donde estaba la cama, de la qual sacaron arrastrando á mi querida Dionisia, tal qual estaba, y sin que la valiesen sus ruegos, sus lágrimas, ni sus lastimosos clamores, se la llevaron fuera de la gruta,